

SIBILA CAMPS, PERIODISTA, ESCRITORA



“El Malevo era un justiciero”

La vida del ex comisario tucumano es el eje de «El Sheriff», el libro que la periodista Sibila Camps lanzó hace muy poco al mercado editorial. Si bien ella lo define como un justiciero —claro que en su particular escala de valores— también afirma que él nunca creyó en la justicia.

involucró con un pedazo de la historia reciente del país.

—¿Qué fue lo que más le interesó, de modo personal, siendo una reconocida periodista de Buenos Aires, para indagar en la vida de Ferreyra?

—Comencé a plantearme la investigación en diciembre de 1993, cuando él y ocho subordinados

de la Brigada de Investigaciones de Tucumán fueron condenados a cadena perpetua por un triple homicidio agravado con alevosía y, tras amotinarse en la alcaldía de Tribunales, se fugó con una novia quinceañera, una pistola al cinto y una granada en la mano. Conocía algunos de sus antecedentes, y comencé a hacerme preguntas: ¿cómo un funcionario público había tenido otras causas por torturas y asesinatos, y recién ahora enfrentaba un juicio? ¿Cómo las instituciones y la sociedad de Tucumán habían permitido que llegara a ese punto? Y algo más incomprensible aún: ¿cómo tenía consenso en un amplio sector de los tucumanos? La búsqueda de respuestas se convirtió en *El sheriff*.

—Tengo entendido que se entrevistó con muchas personas que lo conocieron, pero también lo conoció personalmente. ¿Cuál fue su sensación al estar frente a frente con un hombre que fue sinónimo de la guerra sucia?

—Lo entrevisté varias veces en la cárcel en 1995, y entonces no era sinónimo de la mal llamada «guerra sucia», ya que aún no estaba denunciado en ninguna causa (entonces, en Tucumán había más miedo aún que ahora). Sí le conocía varias denuncias ya en ejercicio de su función policial, y antes de ir a entrevistarle, tuve que superar la repulsa moral de tener que estrecharle la mano con la cual había torturado y ejecutado. Confieso que cuando lo conocí, durante los primeros

15 a 20 minutos me sentí tensa por la intensidad de su mirada, algo de lo cual me habían hablado. Hasta que me di cuenta de que no era una mirada intencionada: como la de las rapaces, que clavan la vista en un punto donde quizá no hay nada, y al rato la desvían con la misma fijeza. A partir de entonces, sentí que dominaba la situación.

—¿Qué fue lo más fuerte que descubrió de él?

—A pesar de que no era un hombre inteligente —sí perspicaz, y muy desconfiado—, me impactó la capacidad para hacer que mucha gente creyera y siga creyendo mentiras —sus allegados, sus subordinados, sus seguidores y hasta muchos periodistas—, al punto de no querer siquiera averiguar si decía la verdad. Así inventó prontuarios y fraguó enfrentamientos con delinquentes —a veces presuntos delinquentes— que, en los hechos, fueron fusilamientos y ejecuciones.

EL PERSONAJE

—¿Cree que su vida fue la consecuencia del tiempo y de la provincia en que vivió?

—En buena medida, sí, de la historia de Tucumán. Ferreyra es producto también de una Policía adiestrada y habilitada por el Ejército, pero ya desde mucho antes del Operativo Independencia. Y es producto, además, de una cultura de mucha violencia intrafamiliar, que padecieron tanto su madre como él y sus hermanos, pero que Ferreyra a su vez reprodujo, tanto contra todas sus mujeres como contra los hombres y las mujeres a quienes perseguía y detenía o mataba.

—¿Por qué cree que un hombre tan fuerte —como él aparentaba— se suicida? ¿Su suicidio fue un signo de debilidad final?

—Ferreyra construyó un personaje y, cuando vio que comenzaba a resquebrajarse, prefirió matarse, con la intención de que el personaje del *Malevo* siguiera vivo. En su vida personal había varias

En «*Quien quiera oír que oiga*», Lito Nebbia supo decir que «*si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia: la verdadera historia*». En la búsqueda de una verdadera historia se encaramó, hace más de 15 años, Sibila Camps, escritora, docente y, fundamentalmente periodista, cuando decidió en la vida de uno de los hombres más emblemáticos de la vecina provincia de Tucumán: Mario «El Malevo» Ferreyra. Sus múltiples investigaciones dieron vida a «*El Sheriff*», un libro que desnuda el costado menos conocido de un ser que llegó a convertirse en un verdadero personaje, en el cual convergieron la tortura, la justicia por mano propia y todo un sórdido mundo en el que él se creía el verdadero dueño de la verdad absoluta y, por lo tanto, hacía y deshacía a su antojo, teniendo como mejor aliado a la impunidad.

Sibila Camps, periodista de Clarín desde 1983, no es una improvisada a la hora de investigar y dar rienda suelta a su pasión por las letras. Así, además de escribir y publicar varios libros sobre periodismo y ensayos de distintos tenores, escribió «*Ladran Chacho*», una biografía de investigación periodística sobre Carlos «Chacho» Álvarez, y otras obras que fueron ampliamente reconocidos por la calidad de los mismos.

Hoy, gracias a la cercanía que brinda la tecnología, Sibila dialogó abiertamente con LA COLUMNA y contó cómo se

cosas que no andaban bien pero, además, estaba en decadencia: ya Tucumán no daba para su gran fantasía de ser jefe de Policía. Entonces construyó las circunstancias de ese final, y buscó presentarlo como una muerte en combate, cuando la Gendarmería sólo lo buscaba para llevarlo a declarar. Más que un signo de debilidad, es una muestra más de su desaprensión, ya que puso en riesgo a los cuatro hijos suyos que estaban allí, a su mujer, y a otros familiares y allegados: al oír su balazo mientras entraban a la finca, los gendarmes podrían haber creído que les disparaban a ellos y desatar una matanza.

—¿El Malevo era realmente el personaje que surgió desde los medios o era sólo la fachada de un tipo que quería ocultar sus delitos?

—El Malevo era el personaje que había creado Mario Oscar Ferreyra; un personaje con capacidad para aprovechar o crear ciertas circunstancias mediáticas en función de su público —sus seguidores. Podría definirlo como un **justiciero**: esto significa que, en su singular escala de valores, muchos hechos que para la Justicia son delitos, para él no lo eran. Él nunca creyó en la Justicia, porque se formó ejerciendo y ejecutando —literalmente hablando— lo que para la Policía y para el Ejército era la justicia.

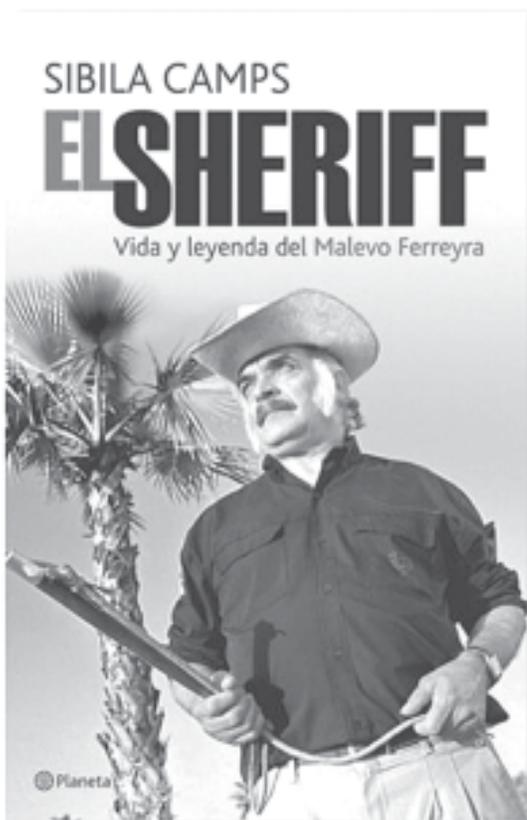
—¿Considera que aún en estos días hablar del Malevo Ferreyra es similar a referirse a la represión policial?

—Es un error equiparar al Malevo Ferreyra con la represión policial, porque ésta presupone, al menos, un **abuso de poder** o un **exceso en la legítima defensa**. Él decidía quién era culpable, a quién le perdonaba la vida mandándolo a la cárcel tras hacerlo «confesar» aún no siendo culpable, y quién debía morir en un «enfrentamiento» fraguado. Casi no hizo investigaciones —jamás me habló de una acción detectivesca, de una pesquisa—, sino **cacerías**, y eso no es represión.

REPERCUSIONES

—¿Es consciente del revuelo que causó la publicación de «El Sheriff» en Tucumán?

—Por el momento, creo que es mucho menor del necesario. En una provincia con 707 desaparecidos entre 1974 y 1981, 77 ejecuciones sumarias denunciadas (se cree que son muchas



más), y centenares o quizás algunos miles de tucumanos que partieron al exilio (nunca sabremos cuántos), se perdió buena parte de la masa crítica. Quedaron la ignorancia, los prejuicios y el miedo, incluido el miedo a saber la verdad (y esto vale también para buena parte de quienes trabajan en los medios de la provincia). Ojalá este libro sirva para que muchos tucumanos comiencen a debatir a partir de la información concreta, y no de creencias, rumores, supuestos, preconceptos, trascendidos y chismes.



● Este libro significó un desafío: ser objetiva; no juzgar, sino brindar los datos para que los lectores juzguen.

—La viuda de Ferreyra asegura que le iniciará acciones legales porque no sólo publicó cuestiones sobre su familia, sino porque la difama a ella. ¿Sabe algo al respecto?

—Lo dijo apenas salió el libro, y tras haber leído sólo un tramo del penúltimo capítulo y por encima. Comenzó por esa parte para saber cómo había resuelto yo el hecho de que en junio fui a su casa con la periodista de *Crónica TV* —en una entrevista pautada desde Buenos Aires y reconfirmada dos veces— y, cuando estábamos por comenzar, recibió una sospechosa llamada y nos dejó plantadas sin decirnos siquiera que salía; después, nunca volvió a atenderme por teléfono. Fue tan torpe, que en noviembre hasta dijo una mentira que la dejó mal parada: que me había pedido dinero por la entrevista; de haber sido cierto, lo habría contado en el libro, como sí informé sobre el plantón y la borrada. Seguramente, deben de haberle dicho que no le convenía ventilar ciertas cuestiones en la Justicia, teniendo yo testigos y ella, al menos una causa judicial pendiente. Ella tiene 34 años, y yo, más de 32 de periodista. De todos modos, el libro no habla de ella ni de su familia sino en unas pocas páginas.

LO QUE FALTÓ

—¿Qué significó para usted hacer un libro sobre él, escudriñar en la vida de un hombre que para muchos terminó convirtiéndose en un verdadero mito?

—Significó un gran desafío: ser objetiva; no juzgar, sino brindar la información y los datos para que los lectores juzguen; buscar convencer desde las evidencias y ofrecer los contextos necesarios; y además, hacerlo con un ritmo de relato que atrape al lector, y con una redacción que lo sorprenda gratamente y compense, de algún modo, la sordidez y la perversión que están presentes en muchos hechos narrados.

—Al tener el libro en las manos, ¿siente que contó todo lo que quería o le faltó algo por decir?

—Lo único que habría querido agregar es el número de víctimas de Ferreyra: a cuántas personas asesinó, a cuántas torturó, a cuántas hirió, a cuántas golpeó, a cuántas mandó injustamente a prisión, a cuántas destruyó bienes personales, a cuántas sacó o hizo sacar dinero, a cuántas «apretó» o amenazó. Creo que no hay modo de saberlo. De todas maneras, la cantidad no modifica para nada lo expuesto en el libro.